

Paisajes caminados, paisajes vividos. Land Walk y la vinculación emocional con el medio

Rosa Sánchez Jareño

Un buen caminante no deja huella

- Lao Tsé, Tao Te Ching

Hay algo místico en la contemplación del paisaje que sólo podemos apreciar si lo recorremos en solitario, despacio, con el corazón despierto para poder escuchar lo que tiene que contarnos. Ya sé, hablo de contemplación del paisaje e inevitablemente pensáis en una panorámica de una vista montañosa o cualquier otra imagen de las que podemos ver en la publicidad de cualquier agencia de viaje que nos promete la inmersión en un continente, país o ciudad... Pero todos sabemos que esto no es conocer algo, porque hay una diferencia entre un turista y un viajero. Al igual que hay una diferencia entre un excursionista y un caminante.



Para ser caminante se debe estar dispuesto a pasar largas horas descubriendo el camino. Para eso no nos sirve la vista acelerada de una panorámica mientras se aprieta el paso para continuar el recorrido que nos marca la senda. Hace falta escuchar a las rocas, oír las carcajadas del viento,

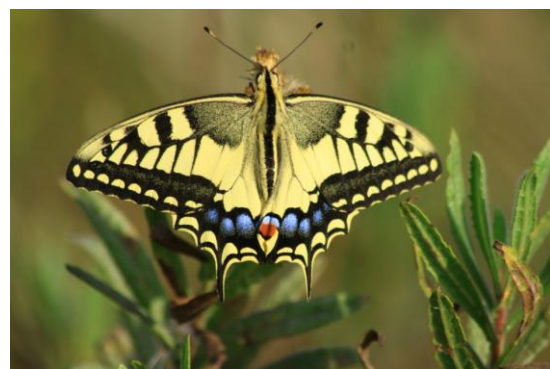
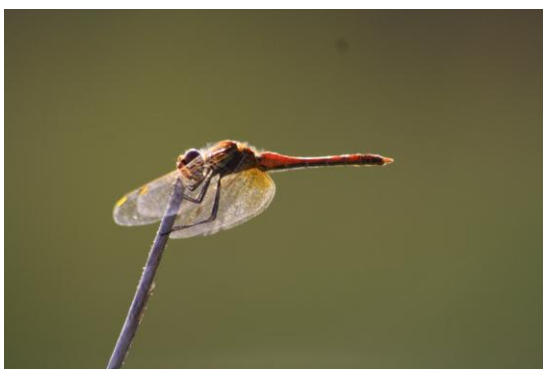
saborear el moho, la tierra... y también estar dispuesto a clavarte alguna espiga, que te azoten las ramas y que al final de la jornada experimentar la calidez de la fatiga. Ver también es distinto a contemplar. Y eso es lo que el caminante hace: contemplar el paisaje en toda su vastedad y arrojarse a él. Así es capaz de no sólo ver esa magnífica panorámica, también ve otras cosas que los demás no ven, en una actitud de levedad y respeto con el medio. El camino a pie es el mejor aliado para escuchar el paisaje. Debemos reaprender este acto primario y redescubrirlo para empatizar con el entorno. Como los primeros pasos que dan los niños, esta acción, por simple que parezca, constituye algo profundamente complejo de retomar y reaprender. El niño en sus primeros años de vida experimenta y juega de manera instintiva con lo que encuentra alrededor. Esta es la curiosidad que debemos despertar en nosotros para ser perceptivos a lo que el medio tiene que contarnos. El entorno físico se transforma a la vez que nosotros mismos. Caminar condiciona la mirada y ésta condiciona el andar, hasta tal punto que finalmente parece que solo los pies son capaces de mirar.



El paseo solitario en la naturaleza no sólo ha sido algo que han explorado los artistas románticos (todos recordamos la pinturas de Friedrich o la pulsión por dibujar esos parajes exótico de los artistas del siglo XIX). Cada individuo estudia de forma distinta el medio que lo rodea, y en este caso, el camino en solitario por el bosque ha sido siempre un modo de exploración del ser y el estar. Jugar entre los árboles, dejándose llevar por las sendas que otros caminantes han plasmado sobre la dermis de la tierra y configurar otros entre la maleza. Perder y perderse en el bosque es ganar en la búsqueda de la experiencia que te dan tus pasos, abandonándose al espacio y al tiempo.



Caminar también significa estar dispuesto a abandonarse a las inclemencias del tiempo, aceptando las grandes pasiones de la naturaleza, tanto el sol como las interperies, el calor y el frío, la energía del comienzo de la marcha y el cansancio. El camino permite descubrir los cambios que estos fenómenos producen sobre los colores, los olores y las formas del paisaje. El camino permite observar mejor la naturaleza y dejarse observar por ella, permitiendo también conocerte mejor a ti mismo a los hombres. El caminante debe sufrir a sí mismo, y este es el fenómeno más duro con el que puede encontrarse. Pero para el caminante, la naturaleza no es un obstáculo, sino la promesa de un retorno a la humanidad. Caminar nos pone en contacto con nosotros mismos y con nuestro cuerpo y es una experiencia que eleva el espíritu.



Atravesar el paisaje, entrar en comunión con él y con sus habitantes. También Frédéric Gros encuentra en el andar una fórmula más sencilla de entender la vida. Para él, sólo se puede pensar bien a través de los pies, pues ya no hay nada que esperar, nada que aguardar. Vivir solamente, permitirse existir.

BIBLIOGRAFÍA

Breton, David (2000) *Caminar: un elogio*. Madrid: La Cifra Editorial.

Careri, Francesco (2002) *Walkscapes: El andar como práctica estética*. Barcelona: Gustavo Gili.

Gros, Frederic (2014) *Andar, una filosofía*. Madrid: Taurus.

Fotografías de la autora.

Instagram: @rosasjareno

Web personal: www.rosasanchezjareño.es